

Hernán Cortés inventor de México: una metáfora infortunada

Luis Barjau*

Juan Miralles, *Hernán Cortés inventor de México*, México, Tusquets (Tiempo de Memoria), 2001, 694 pp.

Esta biografía de Cortés, de muchas particularidades, sostuvo el acucioso interés de su autor por tema que no ha dejado de ser de muchos modos escabroso para los mexicanos. Tomó el problema como pasión por la verdad, actitud que si bien otros investigadores sólo mantuvieron como brasas que agnizan por no poder llegar al fuego, este biógrafo del conquistador español lo mantiene vivo a lo largo de varios puntos de la célebre ruta de los españoles a México-Tenochtitlan, desde la isla de Cozumel.

Hay un sano e inalterable vigor de arribar a deslumbrantes verdades tanto por México como por España sobre esa cuestión histórica, que ha atormentado y ensombrece el espíritu mexicano en no pocas ocasiones. Desde esta perspectiva, el libro de Juan Miralles (Tampico, 1930) es revelador.

Algo de fiar en él es el uso del lenguaje: vasto, rico, hábil entre los arcaísmos (lo que asegura soli-



dez) y, a la vez, fácil, llano y novedoso: lo que implica mente lúcida y aplomo.

No obstante estas virtudes mayores, puede asombrar la deliberada indiferencia hacia fuentes tan vastas como la de Antonio de Herrera: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, publicada por acuerdo de la Academia de la Historia en Madrid de 1730, reeditada en 13 volúmenes entre 1934 y 1954. Así como de otras como la de fray Diego Durán. O de documentos como los de Alonso Zuazo, entre otros. Las dos primeras sólo son utilizadas para temas secundarios de la empresa a analizar; el documento aludido, y otras fuentes, tampoco se aprovechan al máximo, que, aunque tardías, son indispensables, por ser indígenas (como es el caso del *Diario* y los *Memoriales* de Chimalpáhin), y también por otras razones. Esto viene a cuenta a golpe de vista y en el avance de has-

ta más de cien páginas de la muy amena lectura, pues el volumen parece formalmente de una bibliografía, la cual se subsume entre las notas, así como de un índice onomástico con el cual encontrar con facilidad en el grueso volumen, citas, personajes y autores determinados. Pues sin ello, perdemos ese rico archivo, de consulta temática inmediata que es, y debe seguir siendo, la obra compendiosa.

Es cierto que se tuvo el cuidado de estudiar todas las fuentes de primera mano entendidas como de autores que fueron testigos oculares, pero es cierto también que con frecuencia se acude a otros que, como los ausentes señalados, no presenciaron los hechos o ni siquiera vinieron al Nuevo Mundo, como son Francisco López de Gómara o Pedro Mártir de Anglería.

Con esta salvedad metódica e historiográfica hay que seguir adentrándonos en este gran estudio.

Estamos al final de la batalla de Centla (p. 103). Ya pasaron las expediciones de Diego de Nicuesa en 1511, naufragada, y de la que sobrevivieron los legendarios Gonzalo Guerrero en Chetumal y Jerónimo de Aguilar cerca de Isla Mujeres. Ya pasaron también las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba de 1517 y la de Juan de Grijalva al año siguiente. De esa primera y sus dos naufragos, hay importantes datos que permiten reflexionar sobre los primeros españoles que vivieron en Mesoamérica por largos ocho años y de quienes, entre otras cosas se esperaba el dominio de la lengua maya-yucateca. Personajes

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

que fueran también especies de antípodas idiosincráticos. Por cierto, que con su actitud establecieron en forma premonitoria la subsecuente ambigüedad característica del indiano en Nueva España. Que se repartió en varios binomios. El más escandaloso, fue representado por fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda, el “amigo” y el “enemigo” de los naturales. Pues uno, Guerrero, repudia sus orígenes, patea el pesebre como se suele decir, muy en el sentido en que lo harían por ejemplo algunos indios conversos, de la nobleza local, como el mismo historiador Fernando de Alva Ixtlilxóchitl que refiriendo un cierto pasaje de la avanzada de los españoles, en donde encontrarán dificultad, dijera: “a ese punto, *los nuestros...*” [sub.LB] para referirse a los castellanos. Mientras que el otro, Aguilar, en su estoicismo católico, fue sometido a esclavitud por no traicionar sus principios. A estas alturas, la información y la



prosa de Miralles fluyen, sin preocuparse de su implícito desdén de lo interpretativo, sin riesgos tampoco de estancarse en expresiones comptas, cuyo pulimento pudiera estorbar la facilidad narrativa.

Pero Guerrero sería el padre de los primeros mexicanos como población mezclada de aborígenes y europeos, la que, sin que se supiera en la segunda década del siglo XVI, habría de ir en aumento hasta constituir la inmensa mayoría del país.

Aguilar sería salvado por Cortés, a cuya hueste se integraría ventajosamente pues sería un indispensable traductor, gracias a su catolicismo y al azar histórico. El uno se hundiría con su paganismo y desaparecería entre la colapsada sociedad nativa; el otro resurgiría con su fe cristiana para sumarse a sus coterráneos vencedores. Dos destinos, frente al colapso de la sociedad antigua. Los que no ahonda el autor.

También el apartado cinco de este volumen, “El retorno de Quetzalcóatl” (p. 107), resultó un asunto despachado con demasiada rapidez. Su complejidad —y su misterio— puede ser obviada en beneficio de un lector común, prototípico y vasto, pero eso significa un desperdicio puesto que es esa coyuntura del relato, precisamente, la clave para tratar de entender la solapada lección que ofrece al mundo —asunto en el que apenas se empieza a penetrar—, el encuentro de Occidente y Mesoamérica, como dos civilizaciones que se entrelazan, para dar pie o sugerir una nueva. Aquí está precisamente el problema: que un nuevo modo



de enfocar el tema de la Conquista, sin caer en el refrito, cuyo único (no por ello inferior, aunque peligroso) interés sea el de perfilar otro paradigma ideológico más del caso, favorable a uno de los dos mundos implicados, es por excelencia, la contemplación del mundo mágico, o místico, de los indios antiguos, en interacción con la razón y el logos de la mentalidad occidental, embarcada en la tradición del progreso.

No obstante todo esto, el relato sigue conservando validez por sí mismo, pues tiene la virtud de rescatar los datos dispersos, siempre expresados en jerga castiza y popular del siglo XVI, los cuales en las crónicas se mantienen por ello aislados unos de otros, haciendo páginas en cierto modo herméticas, para fluir en el *Hernán Cortés inventor de México*, en forma de una relación puntual, que da cuenta ininterrumpida de la caravana española y sus interesantísimas peripecias, desde la Villa Rica de la Vera Cruz de Archidona, hasta México-Tenochtitlan.

Son los datos compensados y contrapunteados de Bernal, Saha-



gún, Cervantes de Salazar, Francisco de Aguilar, Juan Suárez de Peralta, Baltazar Dorantes de Carranza, López de Gómara, Torquemada, Andrés de Tapia, Muñoz Camargo, Fernández de Oviedo, el propio Cortés y un sinnúmero de documentos del Archivo General de la Nación (AGN), el Archivo General de Indias (AGI), los conjuntados por García Icazbalceta a finales del siglo XIX y los recientemente escogidos por José Luis Martínez.

La reunión de los datos ha contraído resultados fundamentales. Los datos contradictorios de las fuentes, incontables, y muchas veces camuflados en muchos estilos del castellano del siglo XVI, al punto en que, con facilidad se pasa por alto su significación, ha presentado en otras obras del género la historia de la Conquista como un relato un tanto críptico.

Gran tarea de investigación fue la de haber podido escoger los datos de mayor confiabilidad, la de haberlos conjuntado, la de haberles arrancado su significación dormida. Como quien sacudiendo, de un conjunto de objetos tapados de pol-

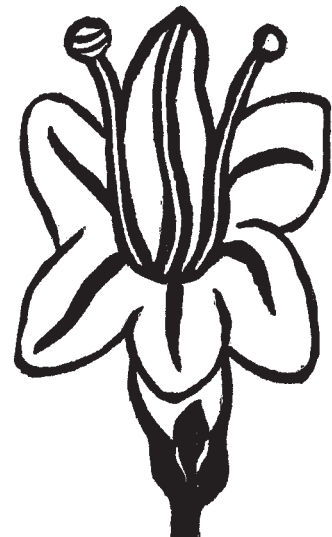
vo, hubiera dado precisamente con los valiosos. Esto es más notable cuando encuentra las explicaciones históricas a diversos enigmas que en la opinión popular quedaban sin solución por lo general en la nerviosa pregunta de: “¿cómo fue posible que un puñado de españoles haya doblegado a un imperio?” Preocupación que conjuntada con otra, la erudita de teólogos cristianos que vio la posibilidad de que los religiosos indígenas creyeran a pie juntillas que quien había llegado por el mar no era sino Quetzalcóatl, el legítimo dueño, presentaba la gesta indígena como un galimatías de tontos, y, cuando era peor, como un efecto de la cobardía o del salvajismo aborigen.

Pero a este montaje de incoherencias sobrevino no sólo su legitimación como historia oficial, sino su uso amañado para con ella gobernar e impartir justicia tomando como base la propia cualidad equívoca de dichas creencias con las cuales los mexicanos hemos acariciado largo tiempo una conciencia vergonzante. Estas posibilidades no fueron consideradas por el autor.

Queda muy claro sin embargo y respecto de cuestiones interpretativas, que el pasaje de la Biografía, subtulado como “La casa real texcocana” (pp. 195-202) proyecta luz sobre las causas políticas internas a la Triple Alianza, que permitieron la Conquista. Retenido Moctezuma bajo la custodia española en el viejo palacio de Axayácatl, se presenta la disyuntiva de la sucesión del tlatoani de Texcoco por haber muerto Nezahualpilli, que reinó durante 44

años. Moctezuma votó por Cacama, primogénito del difunto rey. Pero la elección fue impugnada duramente por Ixtlilxóchitl, príncipe texcocano que se levantó en armas en 1517, año de la primera incursión española en el Golfo de México al mando de Francisco Hernández de Córdoba. Ixtlilxóchitl tomó Otumba, Huehuetoca y otros dominios de Cacama. Hubo tregua y el resultado de la negociación fue que el rey de Texcoco se quedaba con las poblaciones de la llanura mientras que Ixtlilxóchitl gobernaba las de las tierras altas que no tenían ninguna liga con Tenochtitlan. Pero eso significó, nada menos, que la unidad de todo el reino de Acolhuacan quedara rota: una fisura enorme en el edificio del dominio de Moctezuma.

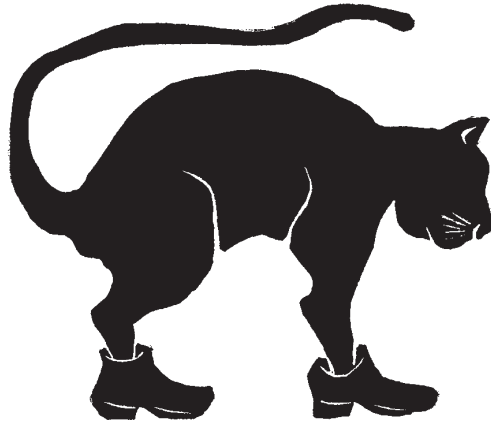
Cacama empezó a conspirar contra Moctezuma y “su indefinición”, desde Texcoco, aspirando al gobierno de la misma Tenochtitlan. Reúne a los señores de Coyoacan, Tacuba e Iztapalapa y esta conjura llegó nada menos que a los alertas oídos de Cortés quien dispuso también, con su rehén Moctezuma, del cautiverio de dichos príncipes. El imperio quedaba mu-



cho más a merced de los españoles. Sólo quedaría el pueblo bajo la dramática e improvisada conducción del joven Cuauhtémoc.

Fue entonces que se supo la nueva de la expedición de Pánfilo de Narváez y su ejército, enviado por el gobernador Diego Velázquez para meter en cintura al desobediente Cortés. Esta noticia que llegó a oídos del propio Moctezuma hubiera sido de mucha importancia de no haberse encontrado éste preso ya de los españoles: pues ponía de relieve, y aparte de reconfirmar ante el pueblo de México el carácter terrenal y no divino de los intrusos, que estaban, como ellos mismos, divididos, y que no presentaban un cuerpo homogéneo y fiel al rey de España.

Cortés decidió ir a Veracruz a pelear contra Narváez dejando el mando a Pedro de Alvarado en Tenochtitlan. Encontró al primero en Cempoala. Lo sometió en una alocada refriega donde el comisionado perdió un ojo. Pero la escaramuza no había sido en balde puesto que los hombres de Cortés, con los de Narváez que se le habrían de anejar, ascendían a 1300 soldados y después, ya en Tlaxcala y de regreso a México, Cortés obtuvo además el apoyo de otros dos mil guerreros tlaxcaltecas. Ocurrió allí también aquel evento tan chusco como extraño: un hidalgo, buen latino, de extracción social alta por lo tanto, de nombre Blas Botello y que entre la tropa corría con fama de nigromante, alertó a Cortés con sus predicciones: Pedro de Alvarado, su encargado en Tenochtitlan, estaría



acosado en ese momento por grandes peligros. Miralles opina que el caso de Botello se podría tratar como el de alguien perseguido por la Inquisición en España. Pero su predicción, independientemente de los fundamentos que hubiera tenido, había resultado cierta.

El papel de Botello no terminó allí. Más tarde, cuando Cortés regresó a México, aumentó el descontento del pueblo y ocurrió la muerte de Moctezuma a resultas de una pedrada mientras trataba de meter orden mediante un discurso desde un balcón, se dijo que Botello aconsejó la partida de los españoles en cierta noche y a hurtadillas, pues de lo contrario todos morirían. Se dice también que Cortés se opuso a tal consejo pero que fue presionado por todos sus capitanes. Los resultados: la Noche Triste. Pero aunque con muchas bajas lograron escapar hasta Tlaxcala.

Tanto el sitio como el asedio final a Tenochtitlan están expuestos con tanta objetividad que el episodio parece perder la solemnidad trágica a que nos acostumbraron no sólo los cronistas del XVI e historiadores del XIX, a pesar de que el autor apela para este pasaje a los

datos más fidedignos (que son trágicos en sí mismos), contenidos en las obras de Bernal Díaz, Cervantes de Salazar, Documentos y probanzas del AGN, Fernández de Oviedo, el propio Cortés, Torquemada, Vázquez de Tapia, Muñoz Camargo, Zorita, López de Gómara, Alva Ixtlilxóchitl, Sahagún, Francisco de Aguilar y el Anónimo de Tlatelolco. Pues el enfoque objetivo del autor pone de relieve el realismo con que ocurren las peripecias guerreras y políticas de ambos bandos. Se destaca por primera vez la importancia de “la batalla de la Quebrada”, un episodio extremadamente fuerte en el asedio, donde se pone de relieve no sólo la saña viva del fragor de la batalla, sino la logística del ejército mexicana, como pocas veces el lector de la Conquista había visto. La ciudad legendaria en el islote de México se ve acosada por los implacables castellanos tanto como por los guerreros texcocanos, huejotzincas, chalcas, tlaxcaltecas y cholultecas, como por un sinnúmero de pequeños reinos y pueblos ribereños decididos a doblegar al mexicana.

La discordinación entre ambos bandos es una realidad ineluctable de la condición humana. Y los re-

sultados de ese encuentro aparecen como un milagro.

A este punto es inconveniente dejar de lado obviedades o lugares comunes porque de todos modos en ellos se cifran fuentes de información aún no agotadas. Es muy claro que el volumen bien podría modificar su nombre —sin alterar su contenido— por el muy común de *Nueva historia de la conquista de México* o algo inédito pero cercano a esto. Dicho de otro modo, un ensayo biográfico de Hernán Cortés no excede ni es posible fuera de la saga de la Conquista. Sería revelador que existieran otros datos sobre la vida en sí del conquistador, sobre su intimidad o sobre su manera de pensar. Y es tan complejo el fenómeno del encuentro de Occidente con Mesoamérica, que las particularidades biográficas de uno solo de sus actores revelan menor importancia. A todas luces *Biografía de Hernán Cortés inventor de México*, si es válido leer de este modo el título, es obra de un historiador y por eso los hechos pesan de un cierto modo en él. La invención, aludida como metáfora contenida en este título, es infortunada. La verdad es que aquí también, como en *Fuenteovejuna* de Lope de Vega en donde el causante del evento principal es colectivo y en buena proporción anónimo, el “inventor” es también la rebelión latente y local contra el mexica, y si hablamos de protagonistas individuales no podríamos olvidar a Malintzin, a Aguilar, al Cacique Gordo de Cempoala, a Alvarado, a Sandoval, a Dávila, entre otros, además de que fue muy cla-



ro el papel jugado por los totonacas, tlaxcaltecas, cholultecas, texcocanos, chalcas, xochimilcas y otros más. Sin que por ello se deje de reconocer el liderazgo de Cortés y su papel primordial en la conquista de Tenochtitlan.

El historiador es clásicamente y en primer lugar el cronista de la cultura occidental. Es también el investigador que escruta en datos escritos y no se debe olvidar que las sociedades locales prehispánicas carecieron de escritura alfabética. Por último, se ha dicho que la labor del historiador abona los nacionalismos. Todo ello para poder contemplar algunas opiniones del autor, como las que siguen:

En la página 343 se dice, respecto de la caída de Tenochtitlan: “Desaparecido un orden político, al momento ya estaba funcionando uno de repuesto”. Y en la misma página: “En el momento de la caída, el imperio mexica sucumbió para siempre”.

La primera afirmación no es completamente exacta y en el propio texto se cita que se “utilizó la infraestructura indígena”, com- puesta, desde luego, por institucio-

nes, individuos, usos y costumbres. De la segunda afirmación se puede aceptar que el imperio mexica fuera fríamente la administración de funcionarios de Estado. Es cierto que se iniciaba el proceso que derumbaba un mundo, donde los españoles habrían de ir imponiendo un nuevo “modo de producción” (que por cierto también se iniciaba en una Europa despertada del feudalismo) que hacía su debut como mercantilismo. También se imponía el lenguaje español pero que se aprendía muy lentamente, con rezagos hasta la fecha. Y un nuevo Dios con su religiosidad organizada. Sin embargo, este gran proceso de ajuste incluyó un resabio cultural indígena de todo orden, además de la transformación de los españoles en indios y novohispanos: otra mentalidad que acabaría por crear una nueva nación al cabo de doscientos y tantos años. Una mentalidad que también habría de sembrar la semilla del independentismo. El viejo México se estrenaba en un nuevo modo de producción pero al mismo tiempo que el mismo se instalaba en otros pueblos de Europa. Ciertamente con el lastre y la diferencia del colonialismo. Pero a nivel cultural se amalgamaba una cultura y una demografía novedosa, cuya importancia todavía está por evaluarse.

Al capítulo de la muerte de Catalina Xuárez La Marcaida, esposa de Cortés, el autor le brinda una escueta página, cuando se trata de un episodio donde se puede entrever mucho de la personalidad y manejos de Cortés, desde frases y chan-

zas en la célebre cena de Coyoacan, hasta el largo juicio promovido por los familiares de la mujer y los ríos de tinta que han corrido sobre el papel de los hechos.

El problema estructural de esta obra, si la queremos considerar un resultado de la historiografía mexicana, estriba en que al resguardarse metodológicamente en el género clásico de la biografía histórica, evita asumir el problema de la Conquista como un tópico que debe enfocarse necesariamente desde una perspectiva etnohistórica. Cortés no conquistó otro rincón de Occidente, ni de Oriente, ni de África; se enfrentó con toda una civilización diferente a lo conocido por los europeos. Para mirar bien cómo fue posible dicha hazaña es necesaria mayor penetración en la naturaleza de la cultura indígena, entrando por los escritos españoles del siglo XVI, los documentos indígenas escritos en náhuatl con caracteres latinos, la iconografía de códices prehispánicos y coloniales, el gran acervo de la arqueología, para salir con una interpretación bien fundada, novedosa y plausible sobre el mosaico de los reinos autóctonos.

Esto no era Occidente. Por ello no se puede tasar como a tal y mucho menos desde la perspectiva de sus ideologías conocidas.

Cuando en cierto pasaje del texto se dice que algunos españoles, perdidos por años en sus intentos descubridores y colonizadores, se habían movido “entre grupos de indios paupérrimos”, el equívoco resulta flagrante. No viene al caso



la apreciación clasista expuesta en una mirada de piadoso catolicismo, porque el ser “pobre” aquí estaba exento del sitio inferior que depararía en Occidente la ausencia de dinero, porque aquí no existía el dinero. Y desde luego los granos de cacao que jugaban el primario papel de talismán intermediador en transacciones de trueque inmediato, no se podían heredar, por ejemplo, para que veinte años después lo disfrutara un nieto. No, aquí había grupos tribales de cazadores recolectores, con su cultura y con sus creencias que bajaban del norte en una suerte de embudo que terminaba por derramarlos en la civilización propiamente mesoamericana

que se ordenaba en torno a códigos distintos de los que no conocemos aún más que en modestas proporciones, pero en donde podía haber gente también que se movía en condiciones muy similares a las de aquellos “paupérrimos”, sin ser precisamente “pobres” al modo en que estigmatiza la moral occidental. Éste es el *quid della question*: que no es suficiente con hacer historiografía occidental de una conquista donde el propio objeto de este movimiento militar y cultural está integrado por un fenómeno desconocido (para los europeos) y distinto paso a paso a toda idiosincrasia externa.

La exactitud y objetividad de este notable libro se ve a tramos empañada por la ausencia paradigmática del conocimiento y la interpretación del mundo antiguo de los aborígenes. Sin ello, la luz que prodiga su autor sobre los senderos de la Conquista no alumbrará sin embargo a los protagonistas locales ni al todo conquistado, que permanecen inmóviles e incomprensidos, sentados en sus equipales, como ídolos de un templo desconocido.

